

cuarto de hora antes que sus agentes, se había ocultado junto á la reja de una alcantarilla, cuando abriéndose de pronto ésta se arrojaron tres hombres sobre él.

Estos tres hombres eran en cierto modo los delegados de todos los ladrones y asesinos de París, los cuales habian jurado deshacerse de Mr. Jackal, cuya vigilancia era un continuo azote para ellos.

Y en efecto, iban á cumplir su promesa y á desembarazarse de él, cuando por desgracia suya, y sobre todo para la del que quedó tendido á mis pies, llegué al socorro de Mr. Jackal.

Desde este día, Mr. Jackal me trata con cierta gratitud, y me hace á mi y á mis amigos todos esos pequeños favores que puede dispensarnos sin faltar á su deber de jefe de la policia de seguridad.

— Entonces, continuó Domingo, tal vez haya tenido en efecto el deseo de agradaros.

— Es posible; pero entremos en casa. ¿Veis ese borracho, que nos viene siguiendo desde la calle de Jerusalén? En cuanto nos halleemos al otro lado de la puerta, estoy seguro que se despabila.

Salvador sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta de la calle, hizo entrar á Domingo el primero, y cerró la puerta detrás de sí.

CAPÍTULO X.

LA LETRA V.

Rolando había ya acariciado á su amo: los dos jóvenes hallaron al perro en el primer piso, y á Fresolina esperando á Salvador en la puerta de su habitación.

La comida estaba dispuesta, porque el tiempo había transcurrido con estos diversos acontecimientos, y eran ya más de las seis.

Aunque grave, el rostro de los dos hombres estaba tranquilo.

No había pasado realmente nada que fuera enfadoso.

Fresolina interrogó con la mirada á Salvador.

— Todo va bien, contestó éste semi-sonriendo.

— ¿Nos hace el honor de comer con nosotros fray Domingo? preguntó Fresolina.

— Sí.

Fresolina desapareció.

— Ahora, dadme vuestro pasaporte, hermano mío, dijo Salvador.

El monje sacó del pecho el pasaporte doblado.

Salvador le desdobló, lo examinó con cuidado, lo volvió y revolvió de todos lados.

Pero nada hallaba en él de sospechoso.

Por fin lo aplicó sobre un cristal.

Á través de la transparencia del papel, se dibujó una letra invisible en cualquiera otra posición que la en que el papel había sido colocado por Salvador.

— Mirad, dijo éste, ¿ no veis ?

— ¿ El qué ?

— Esa letra.

Y le señaló con el dedo.

— Una V.

— Sí, una V; ¿ comprendéis ?

— No.

— Una V es la primera letra de la palabra *vigilancia*.

— ¿ Y bien ?

— Esto quiere decir: En nombre del rey de Francia, yo Jackal, hombre de confianza del prefecto de policía, recomendando á todos los agentes franceses, por interés de S. M., y á todos los agentes extranjeros, por interés de sus respectivos gobiernos, que sigan, vigilen, detengan en el camino, y hasta en caso necesario prendan al individuo portador de este pasaporte; en una palabra, amigo mío, estáis sin saberlo bajo la *vigilancia* de la alta policía.

— Después de todo, ¿ qué me importa eso ?

— ¡ Oh! pensemos un momento en ello, dijo gravemente Salvador: el modo con que ha sido conducido el proceso de vuestro padre prueba que no disgustaría el verle libre de él, y no quiero emplear á Fresolina en balde, añadió con imperceptible sonrisa: ha sido preciso nada menos que las altas influencias de que dispone, para que obtengáis vuestra audiencia, y como consecuencia de ella los dos meses de prórroga ó plazo que os concedió el rey.

— ¿ Creéis que el rey faltará á su palabra ?

— No; pero no tenéis más que dos meses.

— Es más tiempo del que se necesita para ir á Roma y volver.

— Si no halláis obstáculo ó impedimento en vuestro camino; si no se os detiene; si, llegado en fin, no se os im-

pide por mil invisibles intrigas ver allá abajo á quien vais á ver.

— Creía que todo monje ó sacerdote, que como término de una peregrinación de cuatrocientas leguas llega á Roma, le bastaba presentarse en las puertas del Vaticano y que la escalera que conduce á la habitación del que en otro tiempo fué simple monje ó sacerdote, estaría abierta siempre.

— Hermano mío, creéis todavía en muchas cosas en que sucesivamente iréis dejando de creer. El hombre, á medida que entra en la vida, es como un árbol cuyas flores dispersa el viento, después arranca las hojas, rompe en seguida las ramas, hasta que la tempestad, que sucede al viento, le troncha del todo el mejor día. Hermano mío, si hay interés en que Mr. Sarranti muera, emplearán todos los medios posibles para que sea inútil la palabra que al rey habéis sorprendido.

— ¡ Sorprendido! exclamó Domingo mirando admirado á Salvador.

— Sorprendido á su modo de ver. Veamos si no: ¿ cómo creéis vos que puede explicarse esa influencia que ha hecho que Mad. la duquesa de Berry, la muy amada hija del rey, cuyo marido ha sido muerto por un fanático, se haya interesado por el hijo de otro revolucionario, revolucionario y fanático también éste mismo ?

— Es verdad, dijo Domingo palideciendo; pero ¿ qué hacer ?

— Esto es en lo que vamos á pensar ahora.

— ¿ Y cómo ?...

— Empezando por quemar este pasaporte que sólo os puede traer males.

Y Salvador desgarró el pasaporte, arrojando al fuego los pedazos.

Domingo le miraba con ansiedad.

— Pero y ahora sin pasaporte, ¿ qué voy á hacer ?

Creedme, hermano, más os valdría viajar sin pasaporte que viajar con éste ; pero no os faltará ese documento.

— ¿ Quién me lo proporcionará ?

— Yo.

Abriendo entonces un pequeño secreter, hizo jugar un resorte, y entre varios papeles ocultos en un cajón secreto, tomó un pasaporte firmado, pero en el que se hallaban en blanco el nombre y las señas.

Llenó ambos huecos.

El nombre con el del hermano Salvador.

Las señas con las de Sarranti.

— ¿ Pero y el refrendo ? preguntó Domingo.

— Lo está por la legación sarda para Turín. Creía ir á Italia, de incógnito se entiende, y me había proporcionado este pasaporte que os servirá á vos.

— ¿ Pero en Turín ?

— En Turín diréis que vuestros negocios os obligan á ir á Roma, y sin dificultad os refrendarán el pasaporte para aquel punto.

Domingo cogió y estrechó entre las suyas las manos de Salvador.

— Hermano, amigo mío, dijo, ¿ cómo pagaros todo lo que os debo ?

— Ya os lo he dicho, respondió Salvador sonriendo, aunque haga mucho por vos, siempre seré vuestro deudor.

Fresolina entró y oyó estas últimas palabras.

— Repite á nuestro amigo lo que acabo de decirle, hija mía, dijo Salvador cogiendo de la mano á la joven.

— Él os debe la vida, padre mío, y yo la felicidad. La

Francia, en lo que un hombre puede hacer por ella, tal vez le deberá su libertad. Ya veis que la deuda es inmensa : así que, disponed como queráis de nosotros.

El monje miró á los dos bellos jóvenes.

— Hacéis el bien : sed dichosos, dijo con un gesto de paternal y misericordiosa indulgencia.

Fresolina señaló la mesa que estaba ya servida.

Sentóse Domingo entre los dos jóvenes, dijo gravemente el *Benedicite*, que ambos escucharon sonriendo como dos almas puras que creen firmemente que la oración llega hasta Dios.

Comieron rápida, pero silenciosamente.

Antes que la comida hubiese concluido, Salvador, leyendo la impaciencia en los ojos de Domingo, se levantó.

— Ya estoy á vuestras órdenes, dijo ; pero antes quiero daros un talismán ; Fresolina tráeme la caja de las cartas.

Fresolina salió.

— ¿ Un talismán ? respondió Domingo.

— ¡ Oh ! tranquilizaos, padre mío ; no es idolatría ; pero ya sabéis que os he hablado de dificultades que pudieran oponerse á que llegarais á ver al Santo Padre.

— Si ; ¿ pero podéis hacer algo por mí allá abajo ?

— Tal vez, dijo Salvador sonriendo.

Después, viendo á Fresolina entrar con la caja que le había pedido, añadió :

— Una bujía, lacre y el sello blasonado, querida mía.

Fresolina puso la caja sobre la mesa y salió de nuevo.

Salvador abrió la caja con una pequeña llave dorada que llevaba suspendida del cuello por medio de una cadena.

La caja contenía una veintena de cartas. Entre todas tomó una al azar.

Fresolina volvía en este momento con la bujía, el lacre y el sello.

Salvador metió la carta en un sobre, la selló con el sello blasonado, y escribió en el revés del sobre lo siguiente :

Al Sr. Vizconde de Chateaubriand, Roma.

— Tomad, dijo á Domingo ; hace tres días que la persona á quien va dirigida esta carta, cansada de ver cómo van las cosas en Francia, marchó á Roma.

Domingo leyó el sobre.

— ¿ Al Sr. Vizconde de Chateaubriand ? dijo.

— Sí ; ante un nombre como el suyo todas las puertas se abrirán. Si creéis invencibles las dificultades, presentadle esa carta ; decidle que os ha sido entregada por el hijo del que la escribió, é invocad en nombre de esta carta recuerdos de emigración. Sin embargo, no empleéis este medio sino en el último extremo, porque revelará un secreto que existirá entonces entre tres personas : vos, Mr. de Chateaubriand y nosotros dos, Fresolina y yo, que sólo formamos uno.

— Seguiré ciegamente vuestras instrucciones, hermano mío.

— Es cuanto tengo que deciros ; besa la mano de este santo hombre, Fresolina ; yo le acompaño hasta la última casa de la ciudad.

Fresolina se acercó y besó la mano de Domingo, que la miró sonriendo.

— Renuevo mi bendición, hija mía, dijo ; sed tan dichosa como sois casta, buena y bella.

Después, como si todos los seres vivientes de la casa tuviesen derecho á su bendición, puso la mano sobre la cabeza de Rolando, y salió.

Salvador permaneció detrás, apoyó sus labios sobre los de Fresolina, y murmuró :

— ¡ Oh ! sí ; casta, buena y bella.
Y siguió á Domingo.

CAPÍTULO XI.

EN LA ÚLTIMA CASA DE LA BARRERA DE FONTAINEBLEAU.

Antes de marchar, Domingo tenía que pasar por su casa. Los dos jóvenes tomaron el camino de la calle del Pot de Fer.

Apenas anduvieron diez pasos, un mandadero, al que un hombre embozado en una capa acababa de entregar una carta, se separó del muro y los siguió.

— Mirad, dijo Salvador ; apuesto que este mandadero tiene que hacer un encargo por el mismo sitio que nosotros vamos.

— ¿ Eso quiere decir que nos espían ?

— ¡ Pardiéz !

En efecto, tres veces volvieron nuestros amigos la cabeza, una en la esquina de la calle de la Espuela, otra en la de San Sulpicio, y otra en la puerta de la casa de Domingo.

El mandadero llevaba en efecto el mismo camino que ellos.

— ¡ Oh ! murmuró Salvador, Mr. Jackal es hombre hábil ; pero como Dios está de nuestra parte, y de la suya el diablo, tal vez seremos más hábiles que él.

Entraron. Domingo cogió su llave: un hombre hablaba con la portera y acariciaba su gato.

— Mirad bien á ese hombre cuando salgamos, dijo Salvador á Domingo al tiempo que subían la escalera.

— ¿Qué hombre?

— El que habla con la portera.

— ¿Por qué?

— Para que le conozcáis.

— ¿Creéis que?...

— Creo sólo que nos acompañará hasta la barrera, y á vos tal vez un poco más lejos todavía.

Entraron en el cuarto de Domingo.

Era un oasis este cuarto, cuando se salía de la Conserjería y de la Prefectura.

El sol poniente lo iluminaba á esta hora con sus más dulces rayos; los pájaros del Luxemburgo cantaban mecéndose en las ramas de los árboles; el aire era puro, y sentíase uno dichoso con sólo entrar en aquel tranquilo retiro.

Salvador sintió conmoverse su corazón, pensando en que el pobre monje iba á dejar esta serena atmósfera para ir errante por los grandes caminos, de país en país, bajo el sol abrasador del Mediodía, bajo el helado viento de la noche.

Domingo se detuvo un momento en medio de su cuarto, y dirigió una mirada en derredor suyo.

— He sido aquí muy dichoso, dijo formulando en palabras el pensamiento de su alma; he pasado las más dulces horas de mi vida en este tranquilo retiro en que no ansiaba más placer que el estudio, más consuelo que Dios. Semejante á los monjes que habitan el Thabor ó el Sinai, asalábanme entonces, como recuerdos de una vida pasada,

como revelaciones de una vida futura. He visto pasar aquí, como seres vivientes, los más floridos sueños de mi juventud, las más seductoras dichas de mi adolescencia: sólo pedí un amigo; Dios me concedió este amigo en la persona de Colombán; Dios me lo ha quitado; pero en cambio me ha dado á Salvador. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Y diciendo estas palabras, el monje tomó un libro que metió en el bolsillo de su hábito; anudó alrededor de este una simple cuerda, y pasando por detrás de Salvador, fué á tomar de un rincón del cuarto un largo bastón de espino que enseñó á su amigo.

— Lo he traído de una triste peregrinación, dijo; es el solo recuerdo material que me queda de Colombán.

Después, como conociese que iba á enternecerse y llorar si permanecía allí más tiempo, exclamó:

— ¿Queréis que marchemos?

— Marchemos, dijo Salvador levantándose.

Bajaron la escalera.

El hombre no estaba ya hablando con la portera, sino en la esquina de la calle.

Los dos jóvenes atravesaron el Luxemburgo.

El hombre les siguió.

Ganaron la calle del Observatorio, tomaron la de Casini, después el barrio de Santiago, y llegaron, más bien callados que hablando, atravesando los boulevares exteriores hasta la barrera de Fontainebleau.

Atravesaron la barrera seguidos por las curiosas miradas de los aduaneros y hombres del pueblo, mal habituados á la vista del traje monacal.

Los dos amigos continuaron andando.

El hombre continuaba siguiéndolos siempre.

Poco á poco, las casas se fueron separando, aparecieron más aisladas á lo largo del camino; por último, sólo se vió á derecha é izquierda la llanura en que comenzaban á balancearse las espigas,

— ¿Dónde dormirás esta noche? preguntó Salvador.

— En la primera casa en que quieran darme hospitalidad.

— Permitid, hermano mío, que sea yo quien os la ofrezca esta noche.

El monje inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— Á cinco leguas de aquí, continuó Salvador, un poco antes de la Cour de France, hallaréis á la izquierda un pequeño sendero que reconoceréis por un pilar sobre el cual veréis una cruz blanca, que tiene la forma de la que en blasón se llama cruz.

Domingo hizo un segundo signo con la cabeza.

— Seguiréis un sendero que os llevará hasta la orilla del río. Á cien pasos de éste, en medio de un grupo de álamos, castaños y sauces, veréis blanquear á los rayos de la luna una pequeña casa.

Sobre la puerta de esta casa reconoceréis otra cruz blanca, igual en todo á la del pilar.

Domingo hizo una tercera señal con la cabeza.

— Cerca de ella hay un sauce grieteado, continuó Salvador; meted la mano en la grieta, y en el fondo de ella hallaréis una llave.

Es la llave de la puerta.

Tomadla y abrid. Por esta noche y las que queráis, la cabaña está á vuestra disposición.

El monje no se tomó el trabajo de preguntar á Salvador con qué objeto tenía una casa á orilla del río.

Abrió los brazos á su amigo.

Los dos jóvenes estrecharon uno contra otro sus corazones llenos de emoción.

Era preciso separarse.

Domingo partió.

Salvador permaneció en pie é inmóvil en el sitio en que acababa de dejarle su amigo, y siguió á éste con la vista en tanto que sus ojos pudieron distinguir su forma á través de la creciente obscuridad.

Cualquiera que hubiera visto aquel bello monje andando tranquila y gravemente apoyado en su bastón de espino, con su traje de deslumbrante blancura y su capa flotando en pos de él, cualquiera, decimos, que hubiera visto así marchar á pie, para una larga y piadosa peregrinación á aquel bello monje, con paso firme y seguro, hubiera experimentado á la vez compasión y tristeza, respeto y admiración.

En fin, Salvador le perdió de vista, hizo una señal que significaba ¡Dios te guarde! y volvió á la ciudad humeante y fangosa, con un pesar de más y un amigo de menos.